

Una historia de la epidemia de fiebre amarilla en Lima, 1868

De virus en virus, seguimos batallando las consecuencias: o vivir o partir



por Juan Luis Orrego

Historiador y profesor en el Programa de Estudios Generales de la Universidad de Lima

En uno de los cientos de epitafios que se leen en las tumbas del siglo XIX en el cementerio Presbítero Matías Maestro nos sorprendió este que dice así: “Rosa Segura. Nació en Huancavelica el 2 de septiembre de 1848. Falleció

en esta capital, víctima de la fiebre amarilla, el 30 de mayo de 1868. Sus padres que la lloran sin consuelo les dedican este recuerdo en prueba de su entrañable amor” (pabellón Santa Ana, D-252). Como se trataba de un personaje desconocido,

acudimos a la Sala de Investigaciones de la Biblioteca Nacional, consultamos *El Comercio* y *El Nacional*, y, para nuestro asombro, la muerte de esta joven tuvo cierta repercusión en la prensa limeña.

Rosa fue hija única de una distinguida familia de terratenientes huancavelicanos. Nunca había salido de Tayacaja, donde estaba la hacienda. Parece que insistió mucho a sus padres para viajar a Lima, quería conocer la capital. Nunca se imaginó el desenlace de aquel anhelo. Según los que la conocieron, “había recibido una esmerada educación” en su tierra natal y tuvo buen carácter por lo que “se hacía querer de cuantos llegaban a tratarla”. Como aún no existía el Ferrocarril Central, Rosa debió trasladarse en

para los “individuos nacidos al otro lado de los Andes”.

Fueron siete días los que Rosa tuvo que batallar con la enfermedad, pero su cuerpo no resistió y, el sábado 30 de mayo de 1868, cuando tenía 19 de años, falleció a las siete de la noche. Su muerte fue muy sentida. Al parecer, la muchacha era pariente del escritor Manuel Ascencio Segura. No se sabe más de ella.

Nuestra capital fue varias veces azotada, durante el siglo XIX, por la fiebre amarilla, pero esta fue la más feroz. El virus, causado por la picadura del mosquito *aedes aegypti*, vino desde Panamá, llegó al Callao en febrero y a Lima en marzo. Fue un verano extremadamente caluroso, según se cuenta, y la epidemia se extendió hasta julio.



mula desde Tayacaja a Pisco o Chíncha, y de allí tomar un vapor hasta el Callao. En Lima se alojó en casa de uno de sus tíos. Llegó justo cuando estalló la epidemia de fiebre amarilla de 1868, una enfermedad mortal, según su necrología,

Los síntomas de la enfermedad variaron en esos meses terribles. En un principio, predominaban las hemorragias, que terminaban en el llamado “vómito negro”. Luego, en su punto máximo, eran frecuentes las congestiones cerebrales, y la

muerte se producía por fiebres altas y convulsiones. Al final, los casos parecían ser más leves, pero la mortalidad aumentó a consecuencia de la inflamación de los riñones y la detención de la secreción. Relatan que, en esta etapa, los enfermos parecían sentirse bien al ceder la fiebre, pero, cuando intentaban levantarse, se cansaban muy pronto y caían en un estado de somnolencia del que ya no despertaban. Los viejos hospitales colapsaron y Manuel Pardo, entonces director de la Beneficencia Pública, emprendió casi una cruzada: montó lazaretos, organizó “ambulancias”, boticas y puestos asistenciales; asimismo, dictó medidas de higiene pública, visitó directamente a enfermos en sus lechos y ordenó la pronta sepultura de los fallecidos. Es más, llevó el contagio a su hogar: uno de sus hijos, llamado también Manuel, de seis años, murió víctima del virus.

Las penosas condiciones sanitarias en las que vivían los 100 mil limeños de entonces acentuaron la letalidad del virus: una ciudad rodeada por una inútil muralla, con calles polvorientas, sin cañerías subterráneas, llena de muladares y de agua estancada en las acequias, donde los gallinazos englutían todo tipo de desperdicios. Un espectáculo, sin duda, nada agradable. En plena crisis sanitaria, se dice que para combatir las miasmas que infestaban la atmósfera la artillería del Ejército hizo disparos con pólvora en calles y esquinas durante dos semanas. Fue tal el pavor que el arzobispo, Sebastián de Goyeneche, ordenó que el 15 de abril saliera en procesión el Señor de los Milagros.

La epidemia arrebató la vida de algunos personajes conocidos, como la del jurista José Toribio Pacheco, la del talentoso y aún joven pintor Luis Montero o la del cónsul francés

En plena crisis sanitaria, se dice que para combatir las miasmas que infestaban la atmósfera la artillería del Ejército hizo disparos con pólvora en calles y esquinas durante dos semanas.

Ferdinand de Lesseps, fundador de la Sociedad de Beneficencia Francesa. Junto a Rosa, fueron sepultadas 4222 víctimas, entre niños y adultos, en el Presbítero Maestro. Ese fue el registro “oficial”, lo que nos lleva a calcular que la tasa de mortalidad alcanzó al 6 % de los limeños. La epidemia, finalmente, obligó a construir un nuevo hospital, el Dos de Mayo, inaugurado en 1875, ubicado en los extremos de la ciudad. El propósito era contar con un moderno nosocomio, en el que los médicos pudieran atender a los pacientes por separado, según dolencias o infecciones específicas. También fue la partida de defunción de la muralla colonial, y dar paso a la expansión de la ciudad con avenidas anchas y áreas verdes. La inauguración del Parque de la Exposición, en 1872, marcó el inicio de una nueva Lima, bajo otros cánones urbanísticos y sanitarios.